

TU



FO

Daniel Molina

Estudiante de la Especialización en Escrituras Creativas

A Tufo no podíamos decirle que el Cali jugaba una final, y menos el día de su cumpleaños. La última vez fue un desastre. Salió de su habitación pasadas las seis de la tarde, pero en casa nadie escuchó cuando arrastró sus pantuflas verdes y bajó las gradas hasta llegar a la sala. Seguro no se va a acordar, pensamos. El abuelo a duras penas sabe que es un abuelo. Pero, terco, el viejo fue y prendió el televisor. Ya cuando la abuela se dio cuenta no había mucho por hacer.

Recuerdo que Tufo me llevó al Pascual por primera vez la noche del 19 de febrero del 2003. Jugábamos la Libertadores contra el River Plate. Uf, ilo que era San Fernando ese día! Salimos de la casa y con el pasar de las cuadras empezamos a sentir el retumbar de los tambores por las calles. El barullo nos condujo al Parque de las Banderas, donde cientos de camisetas verdiblanco iban y venían apresuradas, como almas a punto de quedarse por fuera de la tierra prometida. Algunas estaban desesperadas por una boleta, pero no había caso: la caseta La María se había quedado en blanco.

El olor del chorizo santarrosano y *eje viento jabroso* de las seis de la tarde nos acompañaron mientras hacíamos una filota para entrar. Mientras avanzaba el tumulto, Tufo hizo gala de esa biblioteca futbolera que guardaba en su cerebro para contarme historias de cuando les dábamos sopa y seco a esos argentinos.

— **Mirá, Pitufito— me dijo
luego de su habitual carraspeo**

**antes de disparar un dato.
—Le ganamos acá a River
en el 99 con un gol de penal
del Gallero Zapata. También
los arreglamos allá en el 81,
cuando Wellington se sacó
a Fillol en el Monumental.
Vamos a hacer sancocho hoy
con esas gallinas—.**

Muchos años después de esa noche inolvidable, fue cuando el abuelo empezó a tener algunos desórdenes tácticos.

**—¿Qué hace el Pibe
Valderrama en mi casa? —
preguntó un día.**

**—Abue, es Gloria, tu hija
mayor— le contesté.**

Primero fueron esos detalles familiares, luego vinieron los más dolorosos: una tarde, cuando la enfermedad ya le había gambeteado la cabeza, me preguntó por qué el Cali no había vuelto a jugar.

**—Tufo, América nos
goleó ayer— le dije con
una voz gacha.**

El viejo se puso mal y dejó tirada la Chuleta del Bochínche que le había traído para el almuerzo.

Pero todo empeoró hace dos años, cuando el abuelo bajó hasta el primer piso haciendo el milagro de no tropezarse con las materas de la abuela, llegó a la sala, prendió el televisor y descubrió algo aterrador: el Cali estaba perdiendo una final 5-1 contra Nacional. Cuando la abuela lo vio, Tufo

lloraba enroscado en el sofá de cuadros, su favorito. El viejo pasó cuatro días sin querer salir de su cuarto.

La abuela, con ese geniecito que se manda, nos reclamó a todos. Que el Cali llega a una final y nadie se acuerda de cuidar al abuelo, que cuando eso pasa necesita vigilancia, que no es justo que la familia deje que el viejo vea las finales de un equipo experto en perderlas.

Por eso, este año, justo en el día de su cumpleaños 82, la decisión de todos fue tajante: a Tufo no podíamos decirle que el Cali jugaba una final. Había que organizarle una gran celebración, dejando al fútbol en fuera de lugar.

La abuela puso las reglas con su mirada fulminante y su voz de pito arbitral: tarjeta roja para el que haga comentarios futboleros o trate de seguir el partido por radio o celular. Pese a todo, el día de la fiesta pensé que la casa parecía la entrada del estadio, con la abuela requisando los bolsillos de todos y metiendo los celulares en una chuspa con sus manos delgadas y frías como un bolillo.

Pero lo más difícil fue decidir qué hacer para que el televisor, efectivamente, se mantuviera apagado durante la fiesta.

La abuela, siempre drástica, opinó que lo mejor era botar el control y luego comprar uno nuevo, pero eso le pareció una exageración a la tía Gloria, que siempre pensaba en el bienestar de las finanzas de la familia. —Tampoco estamos para andar botando las cosas— dijo.

Después de mucho discutirlo, ganó la idea del tío Wilson, que siempre tiene esa habilidad de simplificar los problemas. —No nos compliquemos, pues si no podemos botar el control, escondámoslo en el cuarto de chécheres del segundo piso— propuso, y ninguno tuvo una objeción.

Cuando llegó el momento de la fiesta y todos estábamos sentados alrededor de Tufo en el comedor, a muchos nos comenzó la ansiedad por saber qué pasaba con el partido. Queríamos comernos los codos. Mientras tanto, él se rascaba su barba blanca absorto, como uno de esos jugadores que siempre se quedan en el banco de suplentes sin entender por qué.

La abuela empezó primero con su discurso. Que era una fecha especial, que la familia lo quería mucho por ser un esposo, papá y abuelo ejemplar, que ojalá hubiera más Tufos en el mundo. Luego la tía Gloria empezó con su chocholeo y a decirle que era su viejito hermoso mientras el primo Jeison y yo repartíamos los vasos de Coca Cola.

Después se escucharon las palmas del tío Wilson reclamando que ya, que mucho tilín tilín y que era hora de cantar, como él decía, el *japi birthday tuyú*. Todos estábamos animados. Todos, menos Tufo, que veía fijamente la torta de capa roja que le habían comprado.

Pero cuando íbamos a empezar a chocar las palmas para cantar, en la casa de al frente comenzó a sonar una canción:

Pues sí señores esta es la verdad, que hay un señor de talento y razón. Inteligente, despierto y gentil, que rinde culto siempre al corazón.

Un frío me recorrió la espalda. Nos quedamos sin reacción. La música seguía sonando.

Quién es, quién es, ya lo voy a decir, quién es, quién es.

La abuela entró en pánico y vociferó que iba a salir a callar esa bullaranga. La tía Gloria dijo que no le hiciéramos caso a esa música tan fea y corrió a la cocina para traer la grabadora y poner salsa o cualquier otra cosa y el tío Wilson empezó a alegrarle diciéndole que mejor cantáramos el cumpleaños rápido porque se iban a enfriar las empanadas.

No se entendía nada y, de repente, el primo Jeison dijo que lo mejor era ponernos a jugar parqués.

— ¡A ver, cállense ya! — gritó Tufo, que nunca le gritaba a nadie.

En la mesa nadie más se atrevió a decir algo.

— ¿Están mal de eja cabeza o qué?— dijo bajando el tono de voz.

El desconcierto nuestro se mantenía.

— Carmen— miró a la abuela—, ¿60 años de casados y me comprás una torta roja de cumpleaños?

El pito de la abuela se quedó sin aire.

— Qué cuentos de empanadas ni qué ocho cuartos. ¿Ninguno

se acuerda que hoy es la final? — dijo el abuelo antes de abandonar la mesa y enfilarse hacia la sala para prender el televisor.

Todos nos mirábamos sin saber qué hacer.

—El control, dónde está el control—, dijo Tufo, alterado, mientras todos veíamos cómo volaban los cojines de los sillones mientras el abuelo buscaba el aparato.

—Es que lo escondimos, Pá—, le contestó el tío Wilson, mientras la abuela y la tía Gloria lo querían fusilar con la mirada.

—Entonces me voy pa' onde los vecinos— dijo Tufo, quien se dirigió con determinación hacia la puerta cerrándola con tal fuerza que el ruido nos hizo temblar las orejas.

Avergonzados, volvimos a mirarnos las caras sin saber qué hacer, hasta que, tras unos segundos, escuchamos su voz, poderosa como esa noche de febrero del 2003, gritando hasta el cansancio:

**¡G0000
00000L,
HIJUEPUTA!**